



Mientras bajaba para ir a cenar, decidió regresar a Vigàta al día siguiente. Llevaba cinco días lejos de allí. Luicino había puesto la mesa en la pequeña estancia de siempre y Pintacuda lo esperaba sentado en su lugar acostumbrado.

- Mañana me iré – le anunció Montalbano.
- Yo no, necesito otra semana de desintoxicación.

Luicino les sirvió inmediatamente el primer plato, por lo que ambos sólo utilizaron la boca para comer. Al llegar el segundo, se llevaron una sorpresa.

- ¡Albóndigas!- exclamó indignado el profesor- ¡Las albóndigas se dan a los perros! El comisario no se inmutó, el aroma que se escapaba del plato era denso y embriagador.

- ¿Qué le pasa a Tanino, está enfermo?- preguntó preocupado Pintacuda.
- No, señor, está en la cocina – contestó Luicino.

Sólo entonces el profesor partió una albóndiga por la mitad con el tenedor y se la llevó a la boca. Montalbano aún no había hecho ningún gesto. Pintacuda masticó muy despacio, entornó los ojos y emitió una especie de gemido.

- Si uno las come cuando está a punto de morir, le da igual ir al infierno – dijo muy despacio.

El comisario se introdujo media albóndiga en la boca y, con la lengua y el paladar, dio comienzo a un análisis científico que, a su lado, los de Jacomuzzi hubieran sido de risa. Bueno pues: pescado y, sin ninguna duda, cebolla, guindilla, huevo batido, sal, pimienta y pan rallado. Pero faltaban todavía dos sabores que se percibían bajo el regusto de la mantequilla que se había utilizado para freírlas. Al segundo bocado, identificó lo que no había descubierto primero: comino y cilantro.

- ¡Koftas!
- ¿Qué ha dicho? – preguntó Pintacuda.
- Estamos comiendo un plato indio preparado a la perfección.
- Me importa un carajo de donde sea- dijo el profesor. Yo sólo sé que es un sueño.

Y le ruego que no vuelva dirigirme la palabra hasta que terminemos de cenar.

Andrea Camilleri (1996) *El ladrón de meriendas.*
(Trad. de M^a Antonia Merini: 2003)



Agustina Bainotti: *Estrellas de mar y cielo*